



© Sara Martín Alegre
© Mariano Martín Rodríguez

Serie especial de ficción especulativa de lengua catalana

ALEXANDRE DE RIQUER

El bosque se defiende

*TRADUCCIÓN DE SARA MARTÍN ALEGRE
E INTRODUCCIÓN DE MARIANO MARTÍN RODRÍGUEZ*

Alexandre de Riquer (1856-1920) es hoy conocido sobre todo por su variada actividad artística como pintor, ilustrador, cartelista y diseñador inscrito en el modernismo catalán de tendencia prerrafaelista y simbolista. Su obra literaria no le ha hecho acreedor de la fama que merecería por la calidad de su escritura, de un decorativismo discreto, y por la originalidad de su obra en el marco del decadentismo esteticista internacional. Sus hermosos poemas en prosa del libro *Cristantemes* [Crisantemos] (1899), algunos de los cuales son breves cuentos especulativos de tendencia alegórica, hacen de él un pionero de aquel género en catalán. Tal

vez menos original en cuanto a su forma, pero sí en cuanto a su contenido y la modernidad de su planteamiento, es su epopeya episódica *Poema del bosc* [Poema del bosque], que publicó en 1910, aunque sus distintos episodios aparecen fechados en el volumen en los primeros años del siglo xx. El género de la epopeya compuesta por poemas narrativos breves que se pueden leer como si fueran obras independientes, pero que se constituyen en epopeya global al recogerse juntos en uno o varios volúmenes, había sido consagrado, entre otros por Victor Hugo (1882-1885) gracias al éxito de crítica y de público que cosechó *La légende des siècles* [La leyenda de los

siglos], cuya versión completa apareció en 1886. Su título indica su contenido, que es una visión legendaria de la historia humana, contemplada desde una perspectiva de titanismo romántico. Su ejemplo fue seguido en la península ibérica por el portugués Teófilo Braga, con un conjunto de título y pretensiones similares, *Visão dos tempos* [Visión de los tiempos] (1894-1895), cuyo didactismo positivista corta voluntariamente sus alas poéticas, algo que no puede afirmarse de la epopeya episódica de Riquer. Los diferentes capítulos que componen su *Poema del bosc* evitan la presentación directa de las ideas del autor, que prefiere recurrir a la sugerencia simbolista y estimular el ejercicio de la intuición para encontrar el recto sentido del texto. No obstante, como se trata con todo de una epopeya, la poesía no ahoga la dimensión ficcional y narrativa. Al contrario, la belleza de las imágenes y del estilo en general realzan la atmósfera de lírico misterio que caracterizan los distintos episodios y el conjunto entero.

El *Poema del bosc* tiene a menudo un aire fabuloso e incluso (épico)fantástico que concuerda perfectamente con su tema, pues Riquer, a diferencia de Hugo o Braga, concede el mayor protagonista a un bosque que es a la vez real y simbólico, bosque concreto y encarnación prototípica de una naturaleza virgen recorrida por fuerzas numinosas, como si estuviera animada. El misterio de esta especie de animismo poético es servido por la mostración, como si fueran reales en el mundo del bosque, de entes mágicos como ondinas y hadas, una de las cuales protagoniza el episodio fantástico y feérico a la vez de «Fada Doralissa» [*Hada Doralisa*]. Sin embargo, Riquer no olvida tampoco la historia humana y, de hecho, puede observarse en la sucesión de los poemas el orden cronológico acorde con el curso histórico

desde los orígenes, cuando el bosque empezó a sufrir la agresión humana, hasta su destrucción industrial moderna, que Riquer ejemplifica en los carboneros que utilizan la madera de los árboles del bosque para alimentar actividades (pre)industriales, pasando por distintas épocas, tales como la protohistórica de los druidas y su sustitución por la civilización de Roma, o la medieval a través de un original tratamiento de la materia artúrica en torno a la famosa espada «Escalibor», detalle que nos sugiere que Riquer se complace en entreverar lo histórico y lo legendario.

Entre estos episodios histórico-legendarios de este libro de Riquer, el titulado «El bosc se defensa» [*El bosque se defiende*]¹ destaca por más de un motivo. Al presentar una tribu de hombres orgullosos que se esfuerzan por desbrozar el bosque con rudimentarias hachas de sílex para luego roturar los campos resultantes, Riquer transmuta en poesía épica (también por la visión heroica que se desprende de las dificultades de la empresa acometida) una escena que, pese a la escasez de detalles arqueológicos concretos, hace pensar en el Neolítico, de manera que Riquer habría sido un pionero de la ficción prehistórica en catalán. Además, si el Paleolítico ya había inspirado cuentos como «Progreso» (1907), de Emilia Pardo Bazán, el Neolítico había sido un período apenas abordado antes en las literaturas ibéricas, a diferencia de otras literaturas del continente, en las que las sociedades llamadas *lacustres*, esto es, de agricultores que habrían vivido en palafitos en los lagos centroeuropeos, habían protagonizado narraciones en prosa e incluso en verso. En este contexto literario, «El bosc se defensa» realiza una aportación fundamental, más allá de su maestría estilística y poética indudablemente superior a la de cualquier

¹ La traducción que sigue se basa en la reedición crítica siguiente: Alexandre de Riquer, «El bosc se defensa», *Poema del bosc*, edició i introducció a cura de Roger Miret, Martorell, Adesiara, 2020, pp. 65-71.

otro epilio europeo de asunto prehistórico que conozcamos. Aunque existe algún precedente aislado de defensa de la naturaleza frente a su destructivo aprovechamiento humano, como el cuento de Catulle Mendès (1841-1909) titulado «L'arbre sacré» [El árbol sagrado] (*Le rose et le noir* [El rosa y el negro], 1885), Riquer adopta una postura ecocrítica muy actual, ya que se desprende claramente del tenor del poema que las simpatías del autor se dirigen al bosque que los hombres han empezado a talar, y no a estos últimos.

Las primeras estrofas del poema describen el bosque en términos bucólicos, como un espacio de hermosura y armonía, lleno de luz. Su calor y su verdura, las aguas cantarinas que lo surcan bajo robles y abetos favorecen la vida rumorosa y feliz de los pájaros y otros animales como el gamo, faltando significativamente toda presencia depredadora. Únicamente la llegada sorpresiva de los hombres altera la serenidad antigua del bosque con el ruido de las hachas que se abaten sobre los árboles para talarlos. Es un tiempo de terror para los árboles caídos, que aparecen como gigantes capaces de suspirar por su desastrado fin. Una vez acabada su tarea del día, los hombres pueden cantar entonces el cumplimiento de su sueño de gloria, tan opuesto al sueño tranquilo del bosque virgen. Sin embargo, su triunfo es efímero. Un ejército

de víboras se alza para acabar con los orgullosos invasores. Destaca la visión de las aves de rapiña y carroñeras que vuelan en torno a los cadáveres, cuyo atroz destino indica el poeta mediante la hermosa, pero terrible imagen de la sangre emponzoñada que se escapa de sus bocas. Entonces, el bosque, ya completamente personificado, puede saludar en paz las rocas que lo sustentan, tras conjurar así el peligro que lo acechaba. Esta imagen confirma la categoría sobrenatural de los hechos narrados que ya había sugerido antes el imposible comportamiento de los ofidios venenosos que atacan en formación militar, de modo que este episodio extraordinario contribuye a demostrar que lo fantástico no se limita a un género particular de ficción, sino que se puede encontrar en prácticamente todos ellos, incluso en la narrativa acerca de la protohistoria. A este respecto, otro indicio de la pericia como escritor de Riquer es haber conseguido en «El bosc se defensa» que fenómenos maravillosos como el narrado, y otros que esmaltan el *Poema del bosc* entero, parezcan completamente naturales en el universo animista y simbólico (sub)creado por el autor, un universo en el que el bosque opone su antigüedad de ser mítico a las tentativas de los hombres de ponerlo a su servicio, asimilándolo así a su historia, a la Historia.

El bosque se defiende

Mecía el bosque antiguo su suave aliento de vida moviendo la altiva frente de la encantada nave, y desde el alto risco en la vertiente florida soñaba en dulce paz.

Subían de las sombrías cuencas extensiones de encinas corpulentas provenientes de todos lados; las nieblas conquistaban frescas dehesas pobladas de abetos.

Deslizándose por el aire cual polvillo luminoso, como de impalpables alas, ligera como el humo, con un calor dulcísimo, bajaba vaporosa la fecundante luz.

Debajo de los pinos musgosos que salmodian un rito, las aguas pasaban sierra abajo con un murmullo, curvando las briznas flexibles de las mentas floridas, y volaban los pitirrojos.

Desde las ramas espesas de hojas soleadas hasta el sotobosque, partiendo del brote más alto, tañía día y noche la orquesta de los nidos un susurro vital.

Las fuentes generosas por los márgenes abrían las cápsulas maduras al aire sembrador y, a la sombra de la rocalla, los juncos abrían su cáliz soñador.

Aquí y allá se mecían las hiedras barnizadas, guirnalda de hojarasca que adornaban íntimos

rincones, y las aromáticas olas se alzaban esparcidas por los vírgenes incensarios.

Las fuentes goteaban; el gamo, al mugir, le decía «hasta mañana» al sol de oro y púrpura; florecían los frutales y el bosque entero palpitaba temblando de amor.

Así, como alto mojón, de la sombra a la solana, se alzaba impenetrable el bosque extasiado, y la altiva raza humana jamás había hecho retemblar su amplísima nave.

Allí, firme y potente, el bello sueño de vida seguía en su misterio la gigantesca nave y de la altísima cima a la vertiente florida dormía en dulce paz.

Un día lo agitó una enorme sacudida: se erguía, al otro lado de la amplia hondonada, el rítmico batir de las hachas de sílex y, con gesto decidido, al caer, el hacha arrasaba los robles inmensos de la sierra.

El crepitar plañidero de los troncos desollados crujía bosque adentro; lo iban troceando y, al lamento de los brotes, al destrozo de las ramas, se unían los cánticos de quienes iban talando.

Y se encogía el corazón de miedo y de temor. Al moverse los viejos árboles, dañados,

quebrantados, lanzaban una queja de hojas que, besándose caían desmembradas como gigantes que suspiran.

El bosque era para el hombre soberbio y enardecido una imponente valla de oscuridad frondosa desde la que lanza la fiera al corazón de la noche el aullido que aterra a la tribu desazonada.

Y como falange de atletas fornidos y musculosos, robustos, derramando orgullo, la mirada serena, conscientes de su valor real y vanidosos, los árboles caían derribados desde lo alto de los riscos.

Cubiertos con la amplia pelliza que arrancan a las fieras, sílex en mano, se atareaban cantando, acometiendo la oscura extensión de encinas, haciendo saltar las astillas, rajando y troceando.

Derribaban la testuz enarbolada del roble y del abeto entre brotes de la tierna hierba; la rama que sonreía al relámpago, a la tormenta, flanquea el tronco al fondo del bardal.

Sorprendido el amplio bosque virgen en su tranquila paz, presente que ha llegado una hora de agonía y se dice a sí mismo: «Si mi poder decae, ¿qué dios es este dios que yo desconocía?»

Y el hombre, con la palma de su pesada mano, con bello gesto retiraba la loca cabellera para sacudirse el sudor; igual que un soberano, plantándose con el hacha y echado hacia atrás, seguro, voluntarioso, contemplaba los bosques que había condenado, ensanchando los pulmones, dominador, hermoso, radiante de orgullo, de firme voluntad.

No detiene su latido constante el hacha; siguiendo el puro destino del hombre omnipotente, remueve las sierras espesas de levante, enturbiando las aguas perezosas del torrente.

Con todo, vela otro bosque de fuerza prodigiosa que, como altivo vigía, palpita

rezongando: él es la nave que guarda como arca misteriosa el intenso secreto de la vida en el atrio sacrosanto.

Él es el altar insigne, misterioso sagrario que dicta una amenaza de la naturaleza: poseedor de gérmenes en el fondo de un relicario, proclama el breve momento de replicar a la ofensa.

Lugar virgen, lugar sombrío que aún quedaba de los tiempos en que fluyó de las manos del Creador, él es quien envía primaveras por el amplio espacio, es el germen de gérmenes, el sembrador de veranos.

Y de su altivo templo son las firmes columnatas los viejos sándalos umbríos y los cedros de levante, que extienden su amplia frente sobre las cascadas, sobre los bosques negros que se extienden alrededor.

Aquella es nave y templo que guarda un arca santa, depósito de una vida que le fue confiada; es el áspero vigilante que susurra o canta.

Más allá, el alto terruño se alza despoblado: por la vertiente yacen inmensos los tocones, desnudos de hojas, con las ramas dañadas. Por cien brazos atléticos lanzados a empujones al fondo de las riscos, desde las cimas escarpadas, se extienden quebrantados, enormes y vencidos, en medio de aquellas piedras por las que rezuma un hilillo rojo, de la savia vital que emana de los troncos, humedeciendo la corteza de la piel herida.

Al despeñadero de maderas que llenan la hondonada, un manto dorado le envía de lejos el sol poniente, y aún se siente viva la marcha acompasada del hacha de sílex que golpea sin cesar.

Poco a poco moría la tarde solemne: la noche esparcía los astros por el cielo azul esmaltado, cuando se hizo grande en el aire la señal pavorosa que allende del amplio bosque virgen se ha proclamado severa.

Arriba, en lo alto del risco, una hoguera encendida centelleaba en la sombra, hiriendo

con roja luz el espacio que ella misma tiñe de trágica belleza, cubierto por la alta llama, nublado por el humo.

Poco a poco los cánticos, muriendo, se apagaban; de aquellas llamaradas ya se extinguían las luces; en el bosque adormilado se mecían las ramas; soñando con la gloria, los hombres se dormían.

Y cerca, muy cerca de ellos, velaban las víboras.

Cuando se hizo de día, cuando el mundo iluminado despierta a otra vida, cuando el astro radiante su luz esparce por el claro talado, se alzaron las víboras del bosque con su zumbido vibrante, moviéndose en señal de combate.

De debajo de cada piedra surgió una víbora, cada una hería a la tribu espantada y los hombres, cegados por la ira y el dolor, sufren con angustia la serpiente envenenada, cayendo y maldiciendo en loca confusión.

Las mujeres se inclinaban con el pelo flotando y todos, anonadados, heridos, desesperados, contemplaban la agonía del hombre o del niño que se revolcaban por tierra, con los ojos desorbitados, tumbados trágicamente de cara o de espaldas, vencidos, exterminados, entre aquellas rocas, y fluían de los cuerpos un hilillo rojo de sangre envenenada que se filtra de las bocas.

Por toda la alta pendiente han callado los cánticos; el sílex ya no astilla con firmes sacudidas y, cuando pausadamente el sol se pone, águilas y buitres se extienden en bandadas.

Meciéndose, el bosque ancestral murmulla lleno de vida, moviendo la altiva frente de la encantada nave, y, contemplando la cima y la vertiente heridas, envía una señal de paz.

Octubre de 1901